



Un viejo suceso

Una vez pasado el ligero repecho en que se encuentra la ermita de Sant Josep de La Vall d'Uixó, la carretera casi se precipita en el fondo y, una vez allí, comienza a jugar con el Río Belcaire. Aguas arriba —o mejor, barranco arriba— el cauce unas veces se estrecha arrojando a la carretera hacia los sinclinales desnudos, de rodano, empenachados de plantas olorosas. Otras, se ensancha dejando sitio a los bancales haciendo una finta cuando se llega a la *Penya de la Novia*. Tras una curva, el pueblo queda enfrente, aupándose por el barranco que conduce a Castro: *Alfondeguilla en una barranc/La Vall en una costera./Més val nitja Alfondeguilla/que tota la Vall sencera*.

La carretera se detiene un poco en el puente, como cogiendo aire para poder subir al *Marianet* y desaparecer entre lomas abancaladas.

El río, mientras, se bifurca. El ramal del sur viene lamando las faldas del gigante *Pipa* pasando por un apaisamiento reseco moteado de olivos, almendros y añosos algarrobos. Al poco trecho de dejar la bifurcación —más que confluencia—, se llega a un robusto acueducto moruno que sigue trasegando agua para unas huertas cuidadas y pietóricas de verdes, abancaladas, con el rodano haciendo de cara vista en sus paredes de piedra seca.

A poco, si se sigue el cauce, se pierden las huertas y se encuentran los adelfos que rellenan el pedregoso cauce del *Belcaire*. Juguetón, el río, va trazando curvas por el soto. En un meandro, el más grande de todos, oculta entre los matorrales, peligrosa, se encuentra, secular, la boca de la misma.

El negro agujero atesora mil misterios. Su profundidad estimada de medio centenar de metros, hace rebotar en sus paredes los ecos del más mínimo susurro y, el sonido de una piedra arrojada al abismo, se pierde hasta el definitivo *chap* que advierte del fondo fangoso.

Su panza incógnita, aún estando alojada en el lecho de un río propicio a riadas exageradas, jamás se ha colmado. Dicen que sus posibles galerías se pierden por el subsuelo hasta nadie sabe donde.

Dicen que fue una discusión por unas pocas pesetas. También hay quien dice que fueron celos de los que matan. En definitiva, nadie



El Belcaire, a su paso por La Vall

recuerda y todo queda en el secreto de lo pasado. Lo cierto es que al aprendiz de remendón se le puso entre ceja y ceja el marcharse a su pueblo y exigió del maestro el dinero que este le adeudaba y que, cuanto menos, iba a servirle de viático. Por lo que se ve, no hubo acuerdo entre maestro y aprendiz, entre patrono y obrero, y, al parecer, también, la lezna del más habil, el maestro, naturalmente, fue hundida hasta el mango entre el costillar del neófito.

Tal vez con la misma lezna, el maestro, imperturbable, fue descuartizando cuidadosamente al aprendiz y metiendo las porciones en corchos colmeneros. Enjaozó la burra y poniéndole la trágica carga en los lomos, muy de madrugada, enfiló la senda de *La Paridera*, que es desde siempre el recorrido más corto entre *Chovar* y *Alfondeguilla*. El camino, por trillado y conocido, no fue largo. Se llegó hasta el río y, apartando los adelfos que dificultaban el acceso hasta la boca de la sima, precipitó la triste carga en los adentros de la tierra y, caballero de muerte montado en burra, regresó a su casa y a su faena de remendón.

Pero, zapatero a tus zapatos. No se sabe quien tuvo la culpa de que la *Guardia Civil* se enterara de la ausencia del aprendiz. Dicen que fue una vieja madrugadora que se cruzó en el apicultor de pega. Dicen otros que fue una indiscreción del propio asesino. Dicen, dicen y dicen... Lo cierto es

que los civiles averiguaren todo lo averiguable y el zapatero cantó. Y tanto. Se averiguó hasta el lugar en donde yacía, a porciones, el cuerpo del delito.

Como resulta que los hechos ocurrieron en *Chovar* y el levantamiento del cadáver debía realizarse en término de *Alfondeguilla*, allá te ves a mi abuelo materno, *Salvador Valls*, en sus funciones de juez de paz, intentando poner un poco de sosiego en el revuelo nacido del despropósito llevado a cabo por el zapatero remendón.

Se buscó una cabria de potente torno; se agenció una buena cantidad de metros de resistente sogá; se confeccionó un cesto lo suficientemente grande como para alojar a quien iba a bajar... y, en principio no se encontró a nadie que quisiera realizar tan ingrata tarea, a nadie que quisiera hacer de *Mongolier* a la inversa. Por fin y gracias a los ofrecimientos de dinero, se presentó ante mi abuelo un vecino de *La Vall d'Uixó*, algo tarambana y bastante borrachín que por los cinco duros ofrecidos, estaba dispuesto a realizar la comanda. Exigió además se le suministrasen tres botellas de *absenta* para el viaje y por lo que pudiera encontrar en el antro.

Pues todo de acuerdo, la comitiva se trasladó por el camino que atraviesa el puente moruno y, llegados a la boca de la sima, se instaló la cabria y se dispusieron adecuadamente los muchos metros de sogá. El valiente mercedario se instaló

en la cesta y cuando se iba a largar la cuerda ya llevaba media botella de *absenta* en su interior. Alumbrado por el licor y por una linterna de aceite, entre gritos y chirigotas fue descendiendo el invento hacia el silencio y la oscuridad. Llevaban ya mucho rato en la tarea y empezaban a preocuparse, hasta que al fin, una voz lejana y un tirón de la cuerda les avisó que se había tocado a fondo.

Comenzaron los viajes de la cesta. En el primero se subieron dos corchos colmeneros medio rotos y despanzurrados que ofrecían el poco agradable espectáculo de los miembros seccionados. Y un perrillo. Un perrillo con una pata rota que habiendo sobrevivido a tan gran batacazo, se estaba alimentando de los restos. Tres viajes hicieron falta para recuperar todo el envío del maestro zapatero y, al final llegó la congoja más grande. Aquel ocasional espeleólogo-mercenario-buscacuerpos, ya sea por el saborcillo de la *absenta*, ya sea por el miedo a la profundidad, se había puesto dentro del cuerpo el contenido de su particular bodega. Convencerle para que se montase en la cesta y, una vez dentro, para que se mantuviese en la compostura digna, no fue tarea fácil. Los de arriba, no descansaron del todo, hasta que tras grandes esfuerzos y gritos, tuvieron al borrachín tendido a la sombra y durmiendo tan descomunal mona.

Quedó resuelto el caso y el maestro zapatero, por asesino, fue condenado a muchos años de prisión.

Cuando a mí me contaban de pequeño este viejo suceso (que me lo contaron, no una, sino muchas veces), siempre se acababa el relato entre risas y algazara, porque siempre se centraba tan triste suceso en la pítima del recuperador.

Es costumbre universal precipitar por estos agujeros naturales a perros rabiosos o enfermos, a ovejas en mal estado y aún a bestias de más envergadura que, tras su descomposición pueden alterar la pureza de las posibles corrientes de agua que circulan por el subsuelo. Suelen estar estos agujeros intercomunicados y cualquier porquería que se eche puede producir grandes males cuando las aguas afloran en fuentes y manantiales.

De todo lo cual se deduce que no deben echarse animales, ni vivos ni muertos a las mismas y mucho menos aprendices de zapatero en rebanadas.